

fuera la que consiguiese
 poner en vía de obra
 el templo que desde entonces
 la verdad del hecho abona.
 —«Si esa es tu voluntad,
 dijo el indio á la Señora,
 yo la acato reverente,
 Virgen amable y hermosa.
 Mañana veré al Obispo
 y en la tarde, hacia esta hora
 su respuesta te traeré
 si es que logro que me oiga.»

Dicho esto, despidióse
 de la divina Señora,
 y á *Tolpetlac* regresó
 devorando la congoja
 de no haber sido escuchado
 en su demanda piadosa,
 quizás porque la humildad
 y la pobreza no abonan
 ni á quien en nombre de Dios
 por su honor y culto aboga.
 ¡Oh!... ¡Fraternidad mentida!
 ¡Oh!... ¡Igualdad engañosa!
 Jamás los hombres á ellas
 se ajustan ni se acomodan.
 ¡La verdadera igualdad
 sólo ante de Dios se logra!

VI

Las rosas del Tepeyac

AL otro día que fué
 diez de Diciembre y Domingo,
 después de asistir á misa
 se dirigió el pobre indio
 al palacio bien humilde
 donde moraba el Obispo.

A fuerza de suplicar
 con lágrimas y gemidos,
 logró que entrar le dejaran
 á ver al santo ministro,
 y postrándose á sus plantas
 de nuevo el encargo dijo,
 de la celestial Señora
 segunda vez recibido.

Le escuchó con atención
y con bondad el Obispo
y poco á poco fué dando
crédito al humilde indio.

Para más certificarse
varias preguntas le hizo,
y Juan Diego en sus respuestas
fué tan claro y tan preciso,
que el venerable prelado,
á la evidencia rendido,
hubo al fin de convencerse
de que el venturoso indio
describía á la Señora
Madre del Verbo divino,
como sólo describirla
puede aquel que la haya visto.

Le replicó sin embargo,
que sin dudar del prodigio,
procederse no podía
sólo por su simple dicho
á la construcción del templo
por la Señora pedido:
que se lo dijese así
pidiéndole cualquier signo
y demostración de que era
la Madre de Dios. El indio
respondió sin vacilar
que viese cual seña ó signo
quería que le trajese,
lo cual admiró al Obispo

pues dejaba la elección
de la seña á su arbitrio,
sin poner reparo alguno,
como estando convencido
de que cualquiera que fuese
se la daría Dios mismo.

Juan Diego se despidió
muy contento del Obispo,
el cual sin decirle nada
ordenó, y así se hizo,
que le siguiesen dos hombres
sin que lo notase el indio.

Luego que llegó á una puente
por donde se pasa el río
que en la laguna desagua
á la falda del cerrillo,
nuestros dos hombres perdieron
de vista al dichoso indio
sin que pudieran hallar
seña de él en ningún sitio,
y enfadados regresaron
á México, y al Obispo
contáronle lo que había
pasádoles con el indio
llamándole embaucador
de pena y desprecio digno.

Que le perdiesen de vista
quiso, sin duda, Dios mismo
para hacer por tales medios

más singular el prodigio,
pues no se apartó Juan Diego
del ordinario camino
siguiendo la dirección
de la cima del cerrillo
donde esperándole estaba
la Madre de Jesucristo.

Puso en su conocimiento
la petición del Obispo.
Agradeció la Señora
su diligencia y le dijo
volviese al siguiente día
al mismo lugar y sitio,
para que en él le entregase
tales señas que el Obispo
al mirarlas quedaría
de la verdad convencido.

Pasó el lunes sin que Juan
volver pudiese al cerrillo
porque al llegar á su casa
en la noche del domingo,
encontró muy gravemente
enfermo á Juan Bernardino,
tío suyo, á quien amaba
con entrañable cariño.

Juan Diego empleó aquel día
en procurar un alivio
á la grave enfermedad
del paciente susodicho,

mas como nada obtuviese
con sus cuidados prolijos
y el enfermo se encontraba
de pronta muerte en peligro,
al amanecer del martes
tomó de nuevo el camino
en busca de un sacerdote
que administrase á su tío
los últimos sacramentos
al cristiano concedidos.

Al llegar al Tepeyac
á la memoria le vino
el no haber vuelto á cumplir
á la Virgen lo ofrecido,
y temiendo le riñese,
cándido, ingenuo y sencillo,
imaginó que evitando
el pasar por aquel sitio
no podría la Señora
ni encontrarlo ni reñirlo.

Con esta intención tomó
por la falda del cerrillo,
pero al pasar por el punto
que hoy llamamos el *Pocito*
que le salía al encuentro
vió Juan Diego sorprendido.

Postróse humilde á sus piés
y atribulado y contrito

dió á la Virgen por disculpa
la enfermedad de su tío.

Con las más dulces palabras
que han llegado á humano oído
la Virgen lo consoló,
y á la vez dijole al indio
que por obra suya estaba
sano ya Juan Bernardino.

Le bastó para creerla
su fe, y el tener sabido
que era la Reina del Cielo
quien tal promesa le hizo,
y así pues, sin vacilar,
«dame esas señas, le dijo,
y mándame que las lleve
sin detenerme, al obispo.»

Ordenóle la Señora
que á la cumbre del cerrillo
subiese y cortase en él
sin quitarles el rocío
cuantas rosas de Castilla
hallase. Obedece el indio
aun cuando tiene por cierto
que en aquel inculto sitio
no hay flores y menos rosas;
pero al llegar, sorprendido,

halla un hermoso vergel
de rosales los más lindos
cuyas flores abrillanta
con sus gotas de rocío.

Corta tantas como puede
en su admiración el indio,
las deposita en su tilma,
baja de nuevo el cerrillo,
á la Virgen las presenta,
se postra á sus piés rendido,
toca la Virgen las flores
y le dice: «Ve, hijo mío,
la señal que has de llevar
de mi parte al buen Obispo;
apáralas en tu tilma
y escucha lo que te digo:
que nadie las flores vea
mientras llegas, ni tú mismo,
hasta el momento en que estés
en presencia del Obispo,
quien no tardará en alzarme
el templo que solicito,
y en que todos hallaréis
cuando á mí acudáis contritos,
remedio á vuestros pesares,
á cualquiera mal alivio,
pues soy la Madre de Dios
y consuelo de afligidos.»

Alegre con la señal
púsose en marcha el buen indio
cierto de que aquella vez
no dudaría el Obispo,
que haber rosas en Diciembre
tan sólo entonces fué visto.

Gran trabajo le costó
el lograr ser recibido,
pues por informes de aquellos
que por orden del Obispo
siguiéronle al Tepeyac
sin que lo notase el indio
y le perdieron de vista
casi al llegar al cerrillo,
por mágico y embustero
era por todos tenido.

Y notando que en su tilma
un bulto escondía el indio
quisieron ver qué llevaba,
y aunque Juan pudo impedirlo
alguién notó que eran rosas,
y de ello sorprendidos
quisieron tomar algunas
mas sin poder conseguirlo,
pues impalpables al tacto,
por otro nuevo prodigio,
parecían sus colores
en el *ayate* tejidos.

Dieron noticia de todo
los criados al Obispo,
y al hallarse en su presencia
Juan Diego,—«¡Señor!—le dijo,
aquí tienes la señal
que á la Señora he pedido; »
y desplegando su manta
ante aquel siervo de Cristo,
entre el torrente de rosas
que cubiertas de rocío
se desprendieron al punto
del lienzo favorecido,
la Imágen apareció
de la Madre del Dios Hijo,
hermosísima por ser
obra del pincel divino.

Todos cayeron postrados
ante tamaño prodigio,
y de lágrimas sus ojos
rebosando agradecidos
adoraron á la Virgen
con fervoroso delirio.

Y desprendiendo del cuello
del afortunado indio
el maravilloso ayate,
con sus manos el Obispo
le colocó en su oratorio
entre flores y entre cirios,
rindiendo así á tal milagro
el culto y honor debidos.

*
* *

Al día siguiente fué
al Tepeyac el Obispo
por Juan Diego acompañado,
á reconocer los sitios
en que la Madre de Dios
aparecióse al indio
y en que pidió se le alzase
Santo Templo de ella digno.

Y fué mayor el asombro
que les causó tal prodigio
cuando yendo á Tolpetlac
díjoles Juan Bernardino
que también á él se le había
la Señora aparecido,
y dándole la salud
y hablándole con cariño,
diciéndole que quería
que á su Imagen, por Dios mismo
milagrosamente impresa
en el ayate bendito,
María de Guadalupe
se le llamase; el motivo
que para darse este nombre
pudo tener, no lo dijo.
La verdad de todo esto
comprobó el señor Obispo,
y de la asombrosa cura
el prelado convencido,

llevó á su mismo palacio
á vivir á los dos indios
con los que Dios quiso obrar
aquel sin igual prodigio.

*
* *

Esta es la tradición
hecha en romance sencillo,
de aquel grandioso milagro
en México sucedido:
tradición que está sacada
de documentos antiguos
redactados en la lengua
que era propia de los indios,
con toda la sencillez
que usaron en sus escritos
todos los historiadores
de aquel tiempo y de aquel siglo.